



... El director llamó á su despacho á los culpables. ...



VI

Malas noticias.

Por la mañana, un ruido terrible, que tenía lugar por encima de su cabeza, despertó á Jack de repente.

¡Oh! ; El despertar lúgubre de la embriaguez; la sed ardorosa, el tem-

blor, la torpeza de los miembros cansados y como estrechados en una pesada armadura que los hiriera por todas partes; luego la vergüenza, la angustia inexplicable del ser humano que se halla convertido en bestia, y repugnándole tanto su vida manchada que se siente incapaz de recomenzar á vivir!

Jack sintió todo esto al abrir los ojos, antes de recobrar su memoria, y como si hubiese dormido bajo la obsesión de un remordimiento.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Había aún demasiada obscuridad para distinguir los objetos; pero, sin embargo, de sobra veía que no estaba en su boardilla. No veía relucir sobre su cabeza el cristal de su ventanilla, azulado por el espacio; y la palidez del alba le llegaba de dos altas ventanas que entrecoraban la claridad en una multitud de manchas blancas sobre la pared. ¿En dónde estaba? En un rincón, no lejos del haz de paja que le servía de cama, entrecruzábanse cuerdas, poleas, objetos pesados. En seguida, el ruido estrepitoso que le había despertado antes, recomenzó. Era como el rechinar de una cadena que están desenrollando, luego como el campaneo profundo de un enorme reloj. Bien conocía él ese reloj. Iba á hacer dos años que regulaba el empleo de su tiempo; oíalo con el viento del invierno, el calor del verano, cuando se quedaba dormido en su cuartito de aprendiz, y por la mañana, daba con sus pesadas notas en el húmedo cristal de su ventanilla, diciéndole: "¡Levántate!"

De manera que estaba en Indret. Sí; pero generalmente, aquella voz de la hora venía de más lejos, de más alto. Muy cansada debía tener la cabeza para que retumbaran tanto los ruidos en su cerebro, con aquellas vibraciones persistentes. A no ser que estuviera en la torre misma del reloj, en aquel cuarto alto que en Indret llamaban el "Secuestro," y en el que encerraban á veces á los aprendices indisciplinados.

Allí estaba. ¿Por qué?... ¿Qué es lo que había hecho?.....

Entonces, el débil rayo de luz que se deslizaba en el cuarto é iba dando su aspecto á las cosas, penetró también en su memoria y alumbró todos sus replie-

gues. Trataba de reconstruir su jornada de la víspera, y cuanto iba viendo le llenaba de espanto. ¡Ah! ¡Si hubiese podido no recordar!

Pero con una implacable crueldad, su segundo "yo," despierto del todo, le recordaba cuantas locuras había hecho ó dicho durante el día. Aquello salía de la confusión del ensueño, pedazo por pedazo. El "otro," nada había olvidado, y es más, aducía pruebas; un sombrero de marinero, cuya cinta se había perdido.... una faja azul.... pedazos de pipa, hebras de tabaco con alguna monedilla de cobre. A cada nueva revelación, avergonzabase Jack en la sombra, lanzaba exclamaciones de rabia y asco, tenía esos movimientos desesperados del orgullo ante la vergüenza irreparable. A una de esas exclamaciones, más rudas que las demás, un gemido le contestó.

No estaba Jack solo. Alguien estaba con él, una sombra sentada allí sobre una piedra.

¿Qué es eso?, preguntaba Jack inquieto, y miraba dibujarse sobre la pared blanqueada, aquella silueta grotesca é inmóvil, tirada allí como una bestia, ofreciendo á la vista ángulos irregulares y salientes. Sólo un ser en el mundo, podía ofrecer semejante aspecto: Belisario..... ¿Pero qué hacía allí Belisario?... Sin embargo, recordaba Jack vagamente que había sido protegido por el vendedor ambulante.

Recordaba una lucha en una estación, en medio de sombreros y de gorras dispersados por un viento muy fuerte. Pero todo ello confuso, turbio, incierto, y como manchado de hez de vino.

—¿Es usted, Belisario?

—¡Oh! sí, yo mismo, dijo el vendedor con voz ronca y desesperado acento.

—Pero ¿qué demonios hemos hecho para que nos encierren aquí como dos malhechores?

—Lo que otros han podido hacer, no lo sé ni me importa. Pero lo que sé muy bien, es que yo nada he hecho á nadie, y que ha sido muy mala intención la de haberme puesto mis sombreros en semejante estado.

Y detúvose un momento, sacudido aún por su terrible batalla, mirando su desastre en torno suyo en la noche oscura, toda su mercancía pisoteada, destrozada, desaparecida.

Aquel horrible espectáculo, que no se apartaba de su vista desde la víspera, le impedía sentir el sueño, el cansancio de su cuerpo cargado de cadenas y de cuerdas, hasta el acostumbrado suplicio del "borceguí," al que le condenaban su destino errante y su deformidad.

—Diga usted, ¿me pagarán mis sombreros?... Porque yo nada tengo que ver con lo que me sucede. Supongo que no se le olvidará á usted decirles que no soy yo quien le ha ayudado á hacer eso.

—¿Qué es ello?... ¿Qué he hecho yo?... preguntó Jack con firmeza; mas recordó que, entre tantas locuras, alguna más grave pudo muy bien haber cometido, y esta vez le preguntó más tímidamente á Belisario:

—En una palabra; ¿de qué se me acusa?

—Pues dicen.... ¿Pero por qué me hace usted hablar? De sobra sabe usted lo que pueden decir.

—No; se lo juro á usted.

—¡Pues bien! Dicen que usted es quien ha robado...

—¿Robado?... ¿Y qué?

—El dote de Zenaida.

El aprendiz, completamente serenado, lanzó un grito de indignación y de dolor.

—¡Pero eso es una infamia! ¿Usted, Belisario, no creerá tal cosa, supongo?

Belisario no contestó. Todo el mundo en Indret creía que Jack era el culpable, y los gendarmes que los habían detenido la víspera, convencieron al vendedor. Todas las pruebas estaban en contra del aprendiz. En cuanto se habló en el taller del robo cometido en casa de los Roudic, pensóse en Jack, quien justamente faltaba á la lista aquella mañana. ¡Ah! Bien había calculado el golpe el nantés, alejando á Jack del obrador... Desde la casa de comidas de la calle Mayor de Indret, hasta la estación de la Bolsa, en Nantes, en donde el culpable y su cómplice habían sido detenidos en el momento en que tomaban billetes para escaparse no se sabía dónde, seguía el rastro del robo en la persona del aprendiz, fácil de conocer por el oro que sembraba por todo el camino, por aquellas monedas de veinte francos que cambiaba á cada momento. ¡Y qué prueba más convincente, la de aquella juerga de todo un día, aquella borrachera que sigue generalmente al crimen, como un remordimiento cojo y enmascarado!

La duda no era, pues, posible para nadie. Sólo un punto permanecía inexplicable: la desaparición completa de aquellos 6,000 francos, de los que ni un rastro quedaba, ni en los bolsillos de Belisario, en los que sólo había algunos francos, producto de la venta diaria, ni en los del aprendiz, en los que se hallaban monedas raras, enmohecidas, monedas de tabernas de marinos á las que van á beber todas las tripulaciones del mundo.

Fuera de duda quedaba que no habían podido, aun en diez horas, gastar en los tugurios del puerto lo que le faltaba á la cajita de Zenaida. El pedazo principal estaba, sin duda, escondido en algún sitio.

¿Dónde?... Eso es lo que se trataba de averiguar.

Así es que, en cuanto amaneció, el director mandó llamar á los culpables á su despacho, dos verdaderos criminales, cubiertos de lodo, pálidos, destrozados, tiritando. Y eso que siquiera Jack tenía la gracia de la juventud, su carilla fina é inteligente conservaba. á pesar del estado en que se hallaba su traje y su abominable faja azul, algo interesante, distinguido.

Pero Belisario, espantoso, más feo por los golpes recibidos en la riña, por las señales de resistencia, escritas por todas partes sobre su cara, sus vestidos, en rasguños, en chichones, resultaba más terrible aún por la expresión de sufrimiento atroz que sus pies hinchados, atormentados durante toda la noche, imprimían sobre su faz terrosa, manchada de rojo y moviéndose en perpetuas muecas, expresión que cerraba su boca de labios gruesos, imprimiendo el mutismo lamentoso que se nota en el hocico de las focas. Al verles juntos, uno al lado del otro, el parecer general hallábase bien confirmado; parecer según el cual el aprendiz, aquel niño tan dulce, tan tímido, no había sido sino el instrumento de algún miserable, cuyos consejos le habían perdido.

Al atravesar la antesala del director, vió Jack algunas caras que le parecían apariciones, cual si las imaginaciones de una espantosa pesadilla hubiesen tomado cuerpo y se hubieran erguido enfrente de él; y olvidándose de que era inocente, bajó la cabeza como un verdadero culpable. El marinero que le había traído, las

tabernas de Indret, de la Baja Indret, y hasta de Nantes, le recordaban las etapas de su jornada. Vióla en un minuto con todos sus penosos y grotescos recuerdos. Cuando entró en la dirección estaba humilde, lloroso, dispuesto á arrodillarse para pedir perdón.

Sólo estaban allí el director, sentado delante de la ventana en su vasto sillón de escritorio, y el Sr. Roudic, de pie junto á él, con su gorrillo de lana azul en la mano. Los dos vigilantes que habían traído á los criminales quedáronse en el fondo de la estancia, junto á la puerta, sin apartar la vista del vendedor ambulante, malhechor peligroso, capaz de todos los crímenes. Jack, al ver al capataz, había hecho el movimiento casi instintivo de ir hacia él, con la mano tendida como para un amigo, un defensor natural; pero la fisonomía del señor Roudic tenía un aspecto de severidad y sobre todo de tristeza, que mantuvo á distancia al aprendiz durante todo el rato que duró el interrogatorio.

—Escúcheme, Jack, dijo el director. Teniendo en consideración su juventud, sus padres, las buenas notas, que hasta hoy ha merecido usted, y más que nada, sobre todo, teniendo en cuenta el buen nombre de la casa de Indret, he obtenido que, en lugar de llevarle á Nantes, le dejeran á usted aquí algunos días, antes que empiece la instrucción. De modo, pues, que en este momento queda entre usted, Roudic y yo; de usted depende que no pase la cosa adelante. Lo único que se le pide es que devuelva lo que le queda.

—Pero, señor mío...

—No me interrumpa, luego se explicará usted.... que devuelva lo que queda de los 6,000 francos robados, pues es indudable que no ha podido usted gastar 6,000

francos en un día, ¿verdad? Pues bien, dénos usted lo que aún tiene en su poder, y me contentaré con devolverle á usted á sus padres.

—Usted perdone, dijo Belisario, adelantando tímidamente su gruesa cabeza con una sonrisa amable llena de arrugas. Usted perdone. . . .

Miróle fría y despreciativamente el director, y quedó parado, rascándose la cabeza.

—¿Qué tiene usted que decir?

—Pues. . . Como veo que ya se arregló eso del robo, yo desearía, contando con su bondad, que se hable algo ahora de mis sombreros.

—Cállese usted, bribón! No comprendo cómo tiene usted el atrevimiento de decir una palabra. ¡Como si no supiéramos que el verdadero culpable es usted, á pesar de sus modales melosos, y que nunca este niño, sin los malos consejos que usted le ha dado, habría cometido semejante acción!

—¡Oh! . . . dijo el desdichado Belisario volviéndose hacia el aprendiz como para invocar su testimonio.

Jack quiso protestar; pero el señor Roudic no le dió tiempo.

—Sobrada razón tenía usted, señor director. Ese mal amigo es quien le ha perdido. No había antes aprendiz más honrado, más fiel á su deber. Mi mujer, mi hija, todos le querían en casa. Teníamos confianza en él. Ha sido preciso que encontrara á ese miserable.

Belisario, al oírse tratar así, tenía una cara tan asustada, tan desesperada, que Jack, olvidando por un minuto la acusación que sobre él mismo pesaba, tomó la defensa de su amigo.

—Le juro á usted, señor Roudic, que este pobre

hombre nada tiene que ver en todo esto. Cuando nos detuvieron ayer, acababa de hallarme perdido en las calles de Nantes, y como no. . . como no estaba yo en situación de guiarme por mí mismo, iba á traerme á Indret.

—¿De manera que ha dado usted el golpe solo? preguntó el director con tono incrédulo.

—¡Pero si yo no he hecho nada, señor mío! Yo no he robado, yo no soy un ladrón.

—Mucho ojo, amiguito, entra usted en mal camino. Sólo una confesión completa y la restitución del dinero, pueden merecer nuestra indulgencia. . . .

En cuanto á su culpabilidad, es eso cosa demasiado evidente. No trate usted de negarla. Vamos á ver, desgraciado niño; usted estaba solo con las señoras Roudic aquella noche. Antes de acostarse, Zenaida abrió su armario delante de usted y le enseñó el sitio en que estaba su dinero. ¿Es esto verdad? Luego, en medio de la noche, oyó que se movía la escalerilla de usted, y le habló. Claro está que no contestó; pero ella está segura de que fué usted el ladrón, pues no había en la casa más que usted.

Jack, aterrorizado, tuvo, sin embargo, fuerza suficiente para contestar aún:

—No he sido yo. Yo no he robado nada.

—¿De veras? ¿Y todo ese dinero derrochado por el camino?

Iba á decir: “Mi madre es quien me lo ha enviado.” Pero recordó las recomendaciones que ella le hizo: “Si te preguntan de dónde proceden esos cien francos, dirás que son tus economías.” Y, en efecto; con aquella fe ciega, con aquella veneración que le merecían las ór-

denes de su madre, el aprendiz contestó: "Son mis economías."

Hubiérale ella encargado que dijera: "Yo soy el ladrón," que sin titubear, sin discutir, habríase confesado culpable. Era un niño de ese temperamento.

—¿Cómo quiere usted hacernos creer que con los dos reales diarios de sueldo que aquí le dan, haya usted podido ahorrar los dos ó trescientos francos que ha debido usted derrochar durante todo un día?... No trate usted de buscar esa salida. Mucho mejor sería que le pidiera usted perdón á estas buenas gentes, á quienes tanto daño les ha hecho, y reparar en seguida cuanto usted ha hecho.

Entonces el Sr. Roudic se acercó á Jack y le puso la mano sobre el hombro:

—Jack, hijo mío, dínos en dónde está el dinero. Piensa que es el dote de Zenaida, que he trabajado veinte años de mi vida, que me he privado de todo para economizar semejante cantidad. Mi consuelo era, que un día había yo de comprar la felicidad de mi hija con tantos sacrificios... De sobra sé que al dar el golpe, no pensabas tú en todo esto, pues á ser así, nada malo habrías hecho; yo te conozco y sé que no eres malo. No, ha sido un momento de locura. Se te habrá ido la cabeza al ver tanto dinero junto, con la facilidad de cogerlo. Pero ya has debido reflexionar, y lo único que te detiene, es la vergüenza de confesar... ¡Vamos, Jack, un poco de valor!... Piensa en que soy viejo, que ya no puedo volver á ganar ese dinero, y que mi pobre Zenaida!... Vamos, dínos en dónde está el dinero, hijo mío...

Muy turbado, muy encarnado, el buen hombre limpiaba su frente después de aquel esfuerzo de elocuencia.

Sólo un culpable bien avezado al crimen podía resistirse á tan tiernas súplicas. El mismo Belisario estaba tan conmovido, que hasta se olvidaba de su catástrofe, y mientras Roudic hablaba, haciale al aprendiz continuos gestos que él creía misteriosos, pero que su fisonomía traducía con exageración cómica: "Vamos, Jack, dale sus dineros á ese pobre hombre." Es que comprendía muy bien los sacrificios de aquel padre, él, pobre vendedor ambulante, cuya vida era un martirio continuo por los suyos.

¡Ay! Si Jack hubiese tenido aquel dinero, ¡con qué alegría lo hubiera puesto entre las manos del Sr. Roudic, cuya desesperación le estrechaba el corazón! Pero no lo tenía, y sólo podía decir:

—Yo no le he robado á usted, Sr. Roudic. Juro que no he cogido nada.

El director se levantó impaciente.

—Vaya, basta. Para resistirse á palabras como las que acaba usted de oír, preciso es tener un alma muy criminal; y si ellas no os han arrancado la verdad, todo cuanto pudiéramos decir sería inútil. Van á llevarle otra vez arriba. Si esta noche no se ha decidido usted á devolver lo que se le pide, le abandono á la justicia; y bien sabrá ella hacerle hablar.

Al oír esto, uno de los vigilantes, antiguo gendarme, hombre listo y seguro, acercóse á su jefe y le dijo en voz baja:

—Creo, mi director, que si quiere usted sacar algo del chiquillo, hay que separarlo del otro. He visto el momento en que iba á confesarse; el vendedor ambulante es quien se lo impidió, pues no cesaba de hacerle señas.

—Tiene usted razón. Hay que ponerlos en sitios diferentes.

Y los separaron; á Jack lo llevaron al cuarto del reloj. Al salir, vió la cara atontada de Belisario, á quien se llevaban ya con las esposas en las manos; y la imagen de aquel desdichado, tan desgraciado y menos culpable que él, añadió aún á su tormento.

¡Qué largo le pareció el día!

Primero trató de dormir, de hundir su cabeza en la paja para ahuyentar la desesperación que le invadía. Pero el pensar que todo el mundo le creía criminal, y que él mismo había dado margen á toda clase de sospechas por su conducta vergonzosa, sacudíale á cada instante con violentos sobresaltos. . . . ¿Cómo probar su inocencia? Enseñando la carta de su madre y probando que todo el dinero gastado provenía de ella. Pero. . . . ¡y si lo llegaba á saber D'Argenton! Esa falta de perspectiva que amalgama en los cerebros jóvenes las pequeñas razones con las grandes, le hacía abandonar en seguida aquel medio de salvación. Veía una escena atroz en Aulnettes, y la pobre Carlota llorando.

Pues entonces, ¿por qué medios justificarse? Y mientras que, acostado sobre la paja, destrozado aún por la borrachera de la víspera, debatíase en aquellas dificultades de su conciencia, el ruido, la actividad del trabajo, subían en torno suyo; el reloj daba las horas por encima de su cabeza, y aquel timbre reposado parecía el paso lento, inexorable, de algún vengador que se aproximaba.

Las dos, las cuatro. La entrada, la salida de los obreros. Va á llegar la noche y tiene que probar su inocencia. ¡Si no se ha devuelto el dinero, á la cárcel! Quisiera

Jack estar allí ya. Parecele que allí estará bien, encerrado, hundido en tan negro calabozo, tan escondido, que nadie había de ir á reclamarle. Diríase que aún no conoce el horrible tormento á que va á ser sometido. Parecíale que alguien grita en la escalera que conduce á la sala del reloj.

Alguien resopla, suspira y se suena detrás de la puerta, en la que se oye por fin uno de esos golpecitos que denuncian una mano gruesa y hasta temerosa de hacer demasiado ruido. En seguida, la llave giró en la cerradura.

—Soy yo. . . . ¡Uf! ¡Qué alto está esto! . . .

Zenaida dijo estas palabras con un tonillo gracioso y desenvuelto; pero había llorado tanto, veíase bajo la toca tan desordenada aquel cabello ordinariamente pernado con tanto cuidado; traía tan hinchados y rojos los ojos, que aquella ficticia alegría con que pretendía encubrir los vestigios de su dolor, sólo servía para patentizarlos más.

La pobre muchacha mira sonriendo á Jack, que la contempla tristemente.

—¡Qué fea soy! ¿no es verdad? ¡Horrorosa! . . . Estoy tan convencida de ello, que á mí misma me encuentro fea. . . . Cuando me miro al espejo, me hago gestos. . . . Soy chiquilla, mal formada, y tengo la nariz gruesa y los ojos pequeños. Lo peor es que no se me agrandarán llorando, y que desde ayer estoy hecha una Magdalena. . . . Sólo una dote como la mía ha podido hacer que un hombre tan guapo como mi Mangin olvidara tales defectos. Ya me lo decían los envidiosos. "Lo que ese busca es tu dinero." Como si no lo supiera yo! Sí; lo que le gustaba era mi dinero; lo que le agradaba en

mí era el dinero, pero yo le amaba y pensaba: "Cuando sea su mujer, sabré hacer que él también me ame." Pero ahora, ya sabe usted, amigo Jack, que todo ha cambiado. Por cien pesetas, que es todo lo que me queda, no hay quien abrace á una mujer tan fea como yo. Yo, cuando mi padre no quería darme más que 4,000, Mangin dijo que á ese precio preferiría continuar soltero. De modo que me parece que le estoy viendo entrar esta noche retorciéndose el bigotito, y volverme luego las espaldas sin más ceremonias. Pero juro que le ahorraré ese trabajo; me apresuraré á relevarle de todo compromiso. . . . Sólo que, antes de renunciar para siempre á mi felicidad, he querido venir aquí á hablar un poco con usted, Jack.

Jack, con la cabeza baja, lloraba. Aunque tan joven, alcanzábasele la inmensa humillación de toda una naturaleza femenina encerrada en la cándida confesión de fealdad hecha por Zenaida. Además, aquella virtud heroica, la confianza que la excelente muchacha ponía en su amor, y en sus cualidades de mujer de su casa para conquistar, después de la boda, el corazón de un marido bonito y comprado á peso de oro, formaban un cuadro conmovedor.

Al verle llorar, Zenaida se estremeció de alegría.

—¡Ah! ¡Ya les decía yo que no era malo, y que en cuanto viese mi cara grosera y fea, bañada en lágrimas desde ayer, se le subiría el corazón á los labios, y sin poderse contener exclamaría: "La verdad es que he hecho mal en causar tanta pena á la pobre Zenaida, que ayer se puso tan contenta por pensar en casarse, que bailaba sola delante del armario de su cuarto!" Miré usted, ayer por la mañana, cuando cogí la cajita en

la mano y la encontré ligera como una pluma, creía que me habían robado el corazón; desde entonces siento en el pecho un vacío que no se llena con nada... ¿No es verdad, querido Jack, que usted quiere devolverme mi dote?

—Pero si no lo tengo, Zenaida; se lo juro á usted!

—No, no me diga usted eso. Ya sabe usted que no vengo á reñirle, y por eso no me tiene miedo. Lo único que quiero es que me diga dónde está el dinero. Me hago cargo de que faltará un poco; pero ¿qué le hemos de hacer? Todos sabemos lo que es la gente joven; á su edad, es justo que se diviertan. ¡Ah! ¡Ah! ¡Buena cuenta habrá usted dado de los cuartos de papá Roudic! ¡Pues mejor que mejor! Pero dígame dónde tiene lo demás.

—Zenaida, por piedad, oígame usted. Están ustedes equivocados; yo no he robado. No; no he sido yo. ¡Ah, qué horrible es que todos me crean ladrón.

Pero ella, sin oírle, continuó:

—Por Dios, que no me va á querer; que el diablo se lleva el matrimonio de la pobre Zenaida. Vamos, Jack, querido Jack, no sea usted malo. ¡Que le va á pesar á usted algún día!... Por su madre de usted, á quien tanto quiere, y por el nombre de esa amiguita de su pueblo, de la que tanto me habla usted, y que tal vez andando el tiempo sea su novia, porque esas amistades de niños suelen acabar así; sí, por su nombre se lo pido. ¡Ah! Todavía dice usted que no. ¿Cómo quiere usted que se lo ruegue?... ¿De rodillas y con las manos juntas, como delante de Santa Ana?

Arrodillada ante la piedra en que se hallaba sentado el aprendiz, rompió de nuevo á llorar con todo ese con-

cierto de sollozos, sofocamientos y sobresaltos que son acompañamiento obligado del llanto en las naturalezas fuertes de ordinario, poco expansivas en sus manifestaciones de dolor. En ellos la desesperación reviste las proporciones de una explosión. Es una bala asoladora que nace en las profundidades del alma y se desborda con espantosa violencia.

Zenaida, de rodillas, cubierta la cabeza con la cofia blanca y en actitud suplicante, era copia exacta de esas grandes escenas de desesperación, de esas sombrías figuras de mujer orando que suelen encontrarse en algún solitario rincón de iglesia, en día de labor, en algunas aldeas de Bretaña.

No menos desolado que ella, Jack trataba de asirla la mano, en uno de cuyos dedos brillaba el grueso anillo nupcial de plata. Quería aún defenderse y justificarse.

De pronto, Zenaida se levantó de un salto.

—Bueno. Ya le castigarán á usted. Nadie le querrá á usted en su vida, porque tiene usted mal corazón.

Salió corriendo, bajó de dos en dos los escalones y entró en el gabinete del director, que con el padre de ella la esperaba.

—¿Qué hay?

Zenaida no contestó. Se limitó á mover negativamente la cabeza. Los sollózos obstruían su garganta y no la dejaban hablar.

—Vamos, hija mía, no se aflija usted tanto. Todavía nos queda un recurso antes de dirigirnos á la justicia, la cual piensa siempre más en castigar al culpable que en reparar el mal por él causado. Roudic me asegura que la madre de ese miserable está casada con un hombre muy rico. Pues vamos á escribirle.... Y según me dicen,

son gente honrada, muy bien puede ser que usted no haya perdido su dote.

• Dicho esto, cogió un pliego de papel y se puso á escribir, leyendo al propio tiempo en alta voz la siguiente carta:

“Señora:

“Su hijo de usted ha cometido un robo de 6,000 francos, suma que componía todos los ahorros de la honrada y laboriosa familia con quien vivía. Creyendo que el ladrón restituiría siquiera una parte de lo robado, no le he denunciado todavía á la justicia; pero empiezo á creer que ha derrochado toda la suma en la orgía que ha seguido al crimen y que ha durado un día entero. Así las cosas, es inevitable la intervención de los tribunales, salvo si usted se halla dispuesta á indemnizar á la familia Roudic de la cantidad que le ha sido sustraída. Espero la contestación de usted para ajustar á ella mi conducta; pero le advierto que sólo esperaré tres días, pues bastante tiempo he permanecido inactivo. Si el domingo no he recibido contestación, el culpable será entregado el lunes por la mañana á las autoridades.

El Director.”

Y firmó.

—¡Qué golpe para esa pobre gente!... dijo el padre Roudic, el cual, en medio de su dolor, todavía sabía compadecerse del ajeno.

Zenaida alzó la cabeza, muy enfadada.

—¿Y qué? dijo. ¿No me ha robado mi dote el chico? Pues los padres deben devolvérmelo.

¡Qué crueles suelen ser el amor y la juventud. Ni un momento se le ocurrió pensar en la desesperación de aquella madre al conocer la deshonra de su hijo. Por el

contrario, el viejo Roudic se enternecía al pensar que si él hubiera recibido una noticia de aquel género se habría muerto de vergüenza.

Por eso, aunque la desgracia ocurrida á Zenaida le llegaba á lo más vivo, sentía una como vaga esperanza de que todo se arreglaría, de que el aprendiz devolvería el dinero ó de que quizás aquella carta tan cruel se extraviaría y no llegaría á su destino. Un pedazo de papel, que mezclado con tantos otros va tan lejos, es una cosa tan frágil, tan sujeta á contingencias!

En efecto; una carta es frágil y pequeña y se extravía algunas veces. Pero la que el director escribió y la cró á la luz de una vela, y luego confió al correo, formando con otras un grueso paquete, no era probable que se perdiese. El cartero bretón la tomará de la caja de latón en que fué depositada, la guardará en su saco de cuero y con ella en su poder se detendrá en tal ó cual venta del camino, pero es seguro que no la olvidará. Cruzará el aire sin que vientos ni tempestades puedan quitársela. En el ferrocarril, solícitos empleados la encerrarán en un saco de lona, que al pasar el tren por una estación, se deja caer en el andén y no se perderá.

La mezclarán con otras cartas mayores, rodará, se deslizará, saltará al compás del vagón, al cual una chispa perdida podría incendiar, llegará á París, y, una vez allí, pasará por infinidad de rejillas, ventanillos y despachos, sin ser quemada, robada ni rota, ni perdida, ó irá derecha á donde debe ir, y con más seguridad que ninguna otra, ¿Por qué? Porque lleva una mala noticia. Las cartas de esta especie son sagradas: jamás les ocurre nada.

La prueba es que ésta, después de haber recorrido

toda Francia, subió en la caja de latón de Casimiro, peatón de Etiolles, el sendero de la rojiza ladera que conocemos.

D'Argenton detesta al viejo Casimiro, porque como es tan perezoso, que le parece que las Aulnettes está muy distante, la mayor parte de las veces da los periódicos y las cartas para que las lleve su mujer, la cual no sabe leer y pierde siempre alguna en el camino. Una probabilidad más de que la mala noticia no llegue, Pero no. Precisamente ese día desempeña Casimiro por sí mismo su misión, y helo aquí que llega, llama á la verja de hierro adornada con una guirnalda formada por un trozo de parra del mismo metal, bajo el que en letras doradas, cada día más comidas y amarillentas por la acción del sol y de las lluvias, se lee: "Parva domus, magna quies."





... Vió á su amante del brazo de un caballero. ...



VII

Un colono para Mettray.

Nunca había merecido el "chalet" de las Aulnettes un destino mejor que aquella mañana. Bajo aquel cielo de invierno, surcado por grandes nubes grises, que á todo escape corrían impulsadas por el viento; aislado y como empequeñecido entre los grandes árboles deshojados; herméticamente cerrado á la humedad del jardín y del camino, participaba del silencio lúgubre de la tierra, aún dormida, y del aire, aún desierto de aves que lo animaran. Sólo algún cuervo que otro, picoteando granos esparcidos en los vecinos campos, daba